

Crónicas

CARTA CIRCULAR DEL RDO. PADRE ABAD GABRIEL BRASÓ, OSB

Publicamos la segunda parte de la carta circular del Reverendo Padre Gabriel Brasó, osb, escrita desde Manila el 3 de marzo de 1974.

No quiero limitarme a estas impresiones, más o menos anecdóticas, de mi paso por el Vietnam. Pero a la luz de estos hechos concretos, que recuerdan tantas otras situaciones semejantes en diversas partes del mundo, deseo mencionar un hecho que me ha impresionado. En los diversos lugares por donde he pasado -Bangkok, Vietnam, Manila- como también en muchos otros lugares, he podido constatar la existencia de grupos de cristianos, quienes, movidos por la gracia de Dios y para dar una respuesta personal a tales situaciones, han tomado en serio el Evangelio y han adaptado a él su propia vida. Con distintos contextos y en formas diversas, en el fondo se descubren siempre unas mismas exigencias y unos mismos frutos del Espíritu Santo: amor apasionado a Jesucristo, renuncia a las comodidades, inserción personal y servicio entre los pobres y necesitados, austeridad y silencio, intensa vida de oración. Cada vez que he podido entrar en intimidad con alguno de estos grupos, he tenido la sensación de encontrar algo muy auténtico, que sólo puede ser fruto del Espíritu Santo. La multiplicidad de estos hechos, sin conexión alguna entre ellos, pero siempre con las mismas características y con las mismas garantías de autenticidad, me da a comprender que el Señor está renovando su Iglesia y le comunica nueva vitalidad, usando los mismos medios de siempre: los que fluyen directamente del Evangelio de Jesucristo vivido con plenitud hasta sus últimas consecuencias. Y esto lo da a comprender a los pequeños, a los sencillos, a los que tienen un corazón capaz de vibrar con puro amor. Es lo que, a través de los siglos, ha dado origen a las diversas órdenes religiosas. Por esto, tales manifestaciones de vitalidad cristiana me llevan espontáneamente a pensar en nuestros monasterios y en nuestras comunidades. Y -lo confieso- no puedo dejar de sentirme avergonzado. Con nuestros votos, con nuestras Reglas, con nuestra veneranda tradición, con todos los medios que la vida religiosa ofrece, quedamos muy lejos de lo que estos simples cristianos -les llamaríamos seglares- están viviendo con gran simplicidad, sólo porque, fieles al Espíritu Santo, han tomado en serio el Evangelio y han hecho de él la norma de su vida. Y no puedo dejar de pensar en la palabra del Señor: “No se puede remendar un vestido viejo con tela nueva, ni se puede poner vino nuevo en odres viejos” (*Mt 9,16-17*). ¿Es que nuestras viejas instituciones no son ya capaces de ser renovadas con la perenne novedad del Evangelio? No podemos dudar que el Espíritu Santo quiere una renovación profunda en la Iglesia de Cristo. Y creemos que somos fieles a esta llamada, porque intentamos poner unos remiendos a nuestras Constituciones, a nuestras observancias, a nuestra manera de vivir en el monasterio. Pero seguimos quedándonos en nuestra vieja mediocridad, incapaz de dejarse penetrar por el “amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado” (*Rm 5,5*).

Por esto nuestra vida personal, como también la de nuestros monasterios, manifiesta frecuentemente una contradicción muy significativa. De nuestra conducta se podría deducir que la vida de oración puede coexistir en el seno de una comunidad con graves situaciones de injusticia y con graves atentados contra la caridad. Parece que, a un mismo tiempo, se puede profundizar en el conocimiento de los misterios de Cristo y quedar indiferente ante los enormes sufrimientos de los hombres, aun quizá de los que nos son más próximos. Quedamos satisfechos diciendo que oramos por ellos; pero, ¿hasta qué punto tal oración es verdadera y aceptable a

Dios? Parece que el cumplimiento de unas observancias asegura nuestra fidelidad al Evangelio, mientras nuestro corazón se deja guiar por las normas de la prudencia mundana. En la práctica, ignoramos la palabra de Jesús: “Nadie puede servir a dos señores” (*Mt* 6,24). No quisiera ser pesimista. Pero dudo mucho que nuestras viejas instituciones logren renovarse, si nos limitamos a arrancar algunas hojas secas o a cortar alguna rama. O nos decidimos por una conversión radical, o no haremos nada. Quien sea valiente para cortar el tronco hasta la raíz, podrá esperar que las raíces produzcan nuevos retoños. Creo que es una interpretación evangélica del *Succisa virescit*. Porque el Evangelio nos inculca que el sarmiento que ya no da fruto debe ser cortado, y el que da fruto debe ser podado para que dé más fruto (cf. *Jn* 15,2). Es la gran lección que Jesucristo nos da cada año, al renovarse la celebración de su misterio pascual. En su propia carne nos enseña que el grano de trigo tiene que morir para poder fructificar (*Jn* 12,24), y con su Palabra nos pregunta: “Si esto se ha cumplido en el ramo verde, ¿qué no deberá suceder a los ramos ya envejecidos y secos?” (*Lc* 23,31). Que el Señor, con la fuerza de su Espíritu, nos haga comprender que sólo en cuanto seamos capaces de morir efectivamente con Cristo -en nuestra propia persona y en nuestras instituciones- lograremos ser transformados por su nueva vida. Sea éste mi más ferviente augurio para la próxima Pascua de Resurrección.